

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

La alegría de la Pascua (I)

23 de marzo de 2008

¡Feliz Pascua! Si es hermoso desearnos una feliz Navidad, con mayor razón debemos ahora felicitarnos en la renovación pascual, cuando el Señor nos ha concedido un año más vivir el Triduo Pascual. Entramos en cincuenta días de gozo, alegría y júbilo. ¿De dónde viene este gozo? Desde la primera "mostración" del resucitado, en la tarde/noche del primer domingo, el evangelista comenta: «*Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor*» (Jn 20,20). Pensemos que estaban reunidos, llenos de miedo a los judíos, y se alegraron cuando Jesús se les hizo visible.

Pero el evangelista no está expresando únicamente una reacción espontánea, como quien pasa de una angustia a un final feliz. En realidad, en la alegría de los discípulos se da cumplimiento a lo que Jesús había dicho en la despedida de los suyos tras la Cena: «*Mientras que el mundo se alegrará, vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría*» (Jn 16,20). Pone después Jesús la comparación de la madre que da a luz: la alegría de traer un ser al mundo compensa todos sus sufrimientos en el parto. Y promete Jesús: «*Así también vosotros estáis ahora tristes; pero os veré de nuevo, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará ya vuestra alegría*» (Jn 16,22).

La alegría de los Apóstoles es, pues, una extraordinaria novedad, absoluta, definitiva. Podemos ver aquí lo que Jesús piensa de cómo ha de ser el programa de vida de una comunidad cristiana, tanto en el conjunto de la vida y de la misión de la Iglesia como en el campo de la celebración, donde la presencia de Jesús es sentida con más fuerza. Lo dice también san Lucas, cuando nos indica que los creyentes